**DEFENDER LA UNIVERSIDAD**

 La casa……. de Miss Emily

 estaba situada en lo que había sido

 la calle más distinguida de nuestro

 pueblo. Pero los talleres y las

 desmotadoras de algodón habían

 invadido y arrollado aún los más

 distinguidos nombres del

 vecindario…. Sólo quedó la casa

 de mis Emily, elevando su

 decadencia terca y coqueta por

 sobre los vagones de algodón y las

 bombas de gasolina….

De esta manera describe William Faulkner en su cuento *Una Rosa para Emily*, uno de los mejores que jamás se hayan escrito, la casa de la última descendiente de la aristocrática familia Grierson. Por algo cercano a un medio siglo, ella se había resistido a los embates de la modernización que el incontenible capitalismo industrial de los estados del norte trajo sobre la Confederación, luego de la ruinosa guerra civil de 1862.

Me ha parecido pertinente este fragmento para referirme a la situación de nuestra Universidad Pedagógica Nacional. Podrán encontrar algunas discrepancias entre la casa del cuento y nuestro edifico de la calle 72, no es aristocrático, y muchas cosas más. Pero hay también algo muy importante en este paralelo: la lucha de nuestra institución por no sucumbir ante el asalto de las poderosas fuerzas económicas con que se enfrenta la Universidad.

Los tropeles han sido siempre una muestra de una universidad vigente, popular, cuya misión, como todos sabemos, se orienta hacia la formación de los educadores de una Colombia no muy lejana, en un futuro de grandes retos. Este es el signo de la institución y deberá seguir siéndolo. Es la fuerza de sus estamentos –con mayor o menor grado de aceptación- que reclama lo que se le debe: un lugar privilegiado en razón de la magnitud de su misión. Es la única entidad uni-profesional en el país dedicada la formación de docentes. Nada más, ni nada menos.

En virtud de su concepción y desarrollo, un tropel puede desbordar sus propios límites, y varias veces, a lo largo su historia, así ha sido. Y desde luego no es para sentirnos ufanos con lo que ha sucedido esta semana que acaba de terminar. Tampoco ha sido el más violento, Ya antes había sucedido que uno de los participantes resultara seriamente lesionado. Y sobre esto hay que tomar atenta nota.

Lo que me ha movido a escribir estas líneas es la reacción de la “sociedad” de las calles aledañas a la Universidad. Ha sido inusitada, nunca antes había visto algo así. Desde la alcaldía mayor de la ciudad, el Olimpo, donde habita el señor Peñaloza, ha orquestado una reacción en contra de la Universidad, demandando la intervención de las fuerzas de seguridad del Estado. La gran prensa –y la pequeña, *Boyacá 7 Días* por ejemplo- han tomado cartas en el asunto haciendo eco de las declaraciones del Alcalde, reproduciendo declaraciones de vecinos, asignándole al Rector una responsabilidad que no es la suya, confundiendo sus términos, y demás afirmaciones fuera de todo contexto.

Aquí hay algo más que la mera intervención policial. En términos de Faulkner “es algo que ofende la vista”. La modernidad de la Avenida Chile, el plan de renovación de la zona comprendida entre las calles 72 y 76 y las carreras 9 y 15, y el desarrollo de la “Wall Street” de Bogotá encuentran inconveniente la presencia de la Universidad Pedagógica Nacional en “sus predios”, y toda esta algarabía sobre los tropeles sólo persigue lo que de tiempo atrás se ha venido propalando: sacar a la Universidad de su sede natural. Si hasta ahora no había habido reacciones tan fuertes no se debe a que los tropeles hubiesen sido más o menos violentos. La razón está en la visión del alcalde Peñaloza. Su imperdonable megalomanía le fuerza a oponerse a la Universidad, a sacarla de donde está para continuar el plan de desarrollo de la Avenida Chile, por cuanto medio le resulte posible. Así lo está haciendo con la reserva Van der Hamen, con su plan del Transmilenio por la Carrera 7ª, y tantos otros más. No es pues una simple intervención policial, es algo más.

Aclaro algo de importancia. Siempre he sido enemigo declarado de toda forma de agresión física, de la violencia.

Enrique Hoyos Olier, profesor

Departamento de Lenguas.